

**MICROHISTORIAS**



**GEPOLÍTICAS**

**CARLOS ALONSO ROMERO**

Carlos Alonso Romero  
*Barcelona 2003*



*ediciones* LAPATADELALIBERTAD.COM

## PURGA INTRODUCTORIA:

Parece ser que he escrito un libro. O un librito, sí, así suena mejor, sin solemnidad. Pero ¿porqué lo he hecho? Tengo un trabajo y nadie me paga estos cuentos... Me pusieron algo en el agua, seguro, una conspiración comunista, algún viento que escuché, meigas, un mistral cargado de malas intenciones... No, no, no. ¡Déjenme pensar!

Alguien apunta una posibilidad... “ha sido por esta obsesión que tienes”, la lectura. ¡Mal germen la lectura! Porque leyendo leyendo me ha dado por revisar miles de noticias que aseguran lo contrario de lo que sucede oficialmente. A partir de ahí se borran las posibilidades que tengo de entenderme con los demás y ya no puedo ni describir mi dolencia porque mis palabras y las tuyas significan cosas diferentes y sólo las grafías coinciden.

Me soplan también que, como agente exógeno de afección, no puede despreciarse esta siniestra desconfianza. Qué sé yo. Quizá es un desarreglo de mi estabilidad democrática, quizá jamás debí leer aquel capítulo de “El Capital”... Justo entonces me trastoqué y ya nunca más he vuelto a hablar de fútbol. ¡Mírele Doctor. Ni siquiera sabe quien es Beckham! Definitivamente, no le encuentro las virtudes a esto de pensar de forma grosera y metódica. Aburro a mis amigos, discuto demasiado, en ocasiones deambulo por casa y apenas tengo ganas de encender el televisor... ¿Pueden imaginar semejante condena?

También he considerado que tal vez mi demencia sea normalidad y que todos estén equivocados. Nunca debe desestimarse una inconveniente paranoia ciudadana generalizada.

Deben ser las ganas de tomar al asalto los periódicos las que no me dejan vivir sin escribir. Quiero entrar como Pancho Villa en sus redacciones, con mi panza insurgente por delante, amenazando a quien siga publicando frivolidades. El miedo me puede, sino ya lo habría hecho. En realidad soy un cobarde, sé que escondido en Collserola me atraparían enseguida.

Dejémoslo ya, los prólogos me empalagan. Como habrán deducido ya, escribí el librito de pura rabia. Porque se acostumbra a escribir siempre de conflictos nebulosos e indescifrables descuidando víctimas y verdugos. Determinados abusos no “suceden”, son provocados. Mi locura me ha permitido comprenderlo. Y ¿saben qué? Esta enajenación no es tan delirante, hay otras demencias que consiguen peores discernimientos ¿No quieren creerme!? Contemplen ustedes entonces a esos demócratas nihilistas, aquellos infraseres que han visto ustedes discutiendo en el congreso sobre la conveniencia de realizar masacres puntuales para remontar los valores bursátiles. Al fin doy con la verdadera razón, el rencor. Qué le voy a hacer si nunca he sido un buen cristiano.

Aunque algún argumento es inventado, los diez cuentos surgen de episodios históricos recientes. He empleado como referencia algunas crónicas de la web *www.rebellion.org*.

Cuando quiero tener suerte repito Aimara tres veces. No importa si funciona, eso es lo de menos. Mi hermano Dani puso los dibujos y la maquetación, gracias hermano.

## EL CARTEL

El tipo del escaño 675 del parlamento europeo no tiene cartel de no a la guerra. Carece absolutamente de NO. Y su aspecto es de demócrata, con una camisa azul por dentro, sin corbata y gafas de pasta. Podría ser hasta ecologista. O comunista, Dios no lo quiera.

Me pregunto qué se lo impide, porque carece de NO. Podría ser que él lo hubiera decidido así. O quizá su mujer, esta mañana, le puso el desayuno en el maletín, pero olvidó el cartel.

A lo mejor, cuando el tipo ya había encendido su coche y enfilaba la calle, la mujer corrió hacia el jardín y gritó:

— ¡¡Klaus, tu cartel!!

Y Klaus dobló la primera esquina sin enterarse.

O a lo mejor no.

Podría ser que el tipo estuviese confundido. Por una parte sabe que Saddam es malo, y el demonio que tiene a su izquierda, sobre el hombro, lo acucia de forma constante, silbándole al oído intenciones pérfidas (¡Bombardea al tirano, jódelo! ¡¿Qué demonios se ha creído?! ¡Bombardéalo, jódelo!). Por otro lado, está ahí sentado, solo, rodeado de personas que levantan el cartel... pensando en lo que dijo EEUU cuando apoyaba a Noriega (nuestro hijo de puta), recordando a Rumsfeld en 1983; cuando él apenas tenía 15 años, ese señor se fue a armar al hombre de bien de entonces, al tirano de hoy.

Pero el demonio, pequeñito, jodido y paradójicamente rojo, cambia sus silbidos por argumentos: “necesitamos petróleo barato, dime, ¿tú renunciarás a tu coche?... ¿es que apoyas un régimen profundamente antidemocrático?... ¿no sabes que incumplen resoluciones de la ONU?”.

Ahora Klaus está en un aprieto. Una vez visitó un campo de refugiados en Palestina y sabe cómo huele un enfermo con heridas de metralla infectadas. No quiere eso. Pero Klaus ha creído siempre en el orden internacional. Es un internacionalista convencido. No quiere proliferación. Ni fanatismos religiosos nacionalistas.

Así que, en su confusión, hace lo correcto: no manifestarse. No optar.

El ataque comienza el día 18 de febrero. Entre las abstenciones, los vetos, los votos a favor, la propaganda y la impunidad, se inician las hostilidades, por emplear los estándares periodísticos.

Dos años después, Klaus sigue en su escaño, sin decidir realmente nada. Está promoviendo una comisión de investigación por unas atrocidades que cometieron los soldados británicos en la frontera de Irak con Turquía. Su conciencia se encuentra en un estado óptimo; además, ha impulsado directivas para la cooperación interestatal contra el fraude fiscal.

El asunto de los soldados llegará en breve al Tribunal Penal Internacional.

Regresa a su casa satisfecho. Ha vivido una jornada de diálogo, inteligencia y comprensión. La vida en Bruselas le gusta. Es caro, aunque se vive cojonudamente.

Parece inaudito, pero la gasolina ha bajado mucho de precio, así que ahora maneja un coche grande, un Volvo que cubica tres litros. Ha reemplazado sus visiones del armageddon, de una naturaleza colapsada, por la idea de una sociedad ordenada, construida entorno al consumo responsable y a los impuestos bien pagados.

Al fin, después de rodear una zona industrial, llega a su casa, en la periferia residencial. El bip del mando precede a la apertura de la puerta del garaje. Lockheed-Martin vendió esas puertas con unos resultados más que satisfactorios. Ahora el impulsor de ese sector de negocio, como recompensa, dirige cuatro equipos de I+D militar. Klaus



le conoce, participó como consultor asociado en el diseño del último plan de ayuda al desarrollo de las periferias suburbanas en la Comunidad Europea.

Abre la puerta, se descalza y advierte de su llegada con una falsa carraspera, reclamando la cena. Con los pies sobre la mesa de centro, lee la correspondencia. Uno de sus antiguos amigos, ahora comprometido en una causa antiimperialista, le acusa de “luchar contra los efectos y descuidar las causas”.

Klaus arruga la misiva y susurra *es más de lo que tú haces, cabrón*. Pero no responde. Sabe que el secreto de la democracia está en un diálogo correcto y ordenado, y este no puede iniciarse de ningún modo con una provocación como la que ha recibido.

El demonio rojo, diminuto, se agazapa en el cuello del suéter, relajado. Apoyando sus minúsculas manos en el cuello, deposita el tridente sobre la oreja y después se agarra a ella y se impulsa hacia arriba.

Luego comienza a susurrar: “el gobierno británico te ha ofrecido participar en todo eso de la energía eólica, o dirigir las propuestas de un marco legal para las comunicaciones telemáticas... y a través de un puesto de responsabilidad en una consultora de nivel... son muchas propuestas, con un puente perfecto, nadie te relacionará con el poder... bueno, ese Palast, el periodista, pero es un gilipollas y ya nadie le cree... Además: ¿no estás cansado de la vida pública? Eres ingeniero. Ya has hecho mucho”.

Klaus, por la noche, pregunta a su mujer sobre la posibilidad de mudarse a Londres. Como ella es inglesa, le parece perfecto. Salta de alegría. Llama a sus amigas.

Klaus duerme como un rey. Está harto de sentarse en el escaño 675 del parlamento europeo.

Y ya nadie le recordará que el día 12 de enero, miércoles, pocos días antes de la masacre, hace dos años, salió en la foto sin el cartel. ☹

## LA EXITOSA VIDA DE AUGUSTUS FIGNON: ARTISTA ANTIGLOBALIZACIÓN

—Sintiéndolo mucho, vamos a tener que cancelarlo.

Augustus escuchó esto e inmediatamente pulsó el botón rojo, dando por zanjada la conversación. Sin despedirse.

Estaba ya harto de organizar exposiciones como esa y que no fuese ni cristo. Qué coño, cristo era el primero en no acudir. Cada día se volvía más escéptico. ¿A nadie le interesa lo mío? La gente se va a ver cagadas que no aguantan ni medio repaso. Se comen a los vanguardistas que exponen sus heces, se tragan a los charlatanes que necesitan explicar sus obras, devoran cualquier cosa, representativa, figurativa, abstracta, moderna, retro, de luxe, casposa... ¿y los que estudian fotografía? ¿y todos esos de ONG's? ¿Dónde cojones están?

¿Se habría equivocado al abandonar su vida social? Antes, entre los maricas que conocía y los estudiantes de arte que coleccionaban sus fanzines, alguien se hubiese interesado. Seguro que hubiera conseguido más de diez personas en dos días. ¡Estaba anunciado en varios periódicos! ¡Él mismo había colgado carteles en la calle taller, como si fuese un concierto!

Augustus comenzó a recorrer la sala, levantando los marcos y retirando seguidamente sus fotos con la ayuda de un destornillador. Las maderas quedaban desencajadas y los cuadros en blanco, apoyados en el suelo.

El guarda se le acercó temeroso y balbuceó:

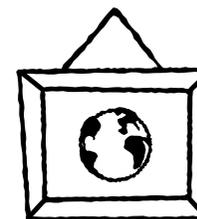
—E... eso... eso debería hacerlo el galerista.

—No... no, ahora no empieces tú con “eso”.

El guarda se apartó y Augustus siguió con su destornillador. Pasó por todas las salas, cinco en total.

Salió a la calle con la carpeta bajo el brazo. Renegando. *No me lo puedo creer qué puta mierda, no me lo puedo creer qué puta mierda.*

Augustus pulsó el botón verde y después el de listín, ese botón pequeño con una libreta blanca dibujada. Llamó a Aitor. Quedaron.



Frente a un café negro quizá carbonizado, Augustus le explicó su problema. Aitor encontró una consolación rápida.

—Te advertí de lo que pasa cuando uno trabaja tan solo. Tienes que hacerte amigo de la gente. Tienes que contar con organizaciones, hacer publicidad por las universidades. Montar un taller o una actividad interactiva. ¡Qué se yo! Ve a algún casal público y empieza por ahí, que te presten una salita.

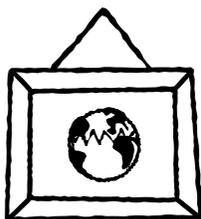
—¿Quieres decirme que he recorrido tres países del África subsahariana para tener que exponer mi fotografía en un sitio en el que será visto por los viejitos antes de sus partidas de dominó?... Sí, a lo mejor antes de los bailes de salón pasa alguien interesado en ver unas fotos marrones, desgarradoras, de baobabs, de ríos negros, de túnicas, de tribus... fotos que representan seis meses de mi vida. Y después a bailar lambada.

Aitor quiso razonar con él.

—No puedes simplificarlo tanto: tú mismo ibas a tomar cervecitas a un casal popular, hace no tanto. Tú hubieses entrado a una sala así... quizá ese es el problema. ¿No es eso lo que quieres? No. Tú quieres algo suntuoso, no sé... Augustus Fignon deja Toulouse y recorre el subsáhaba para exponer en el Palau Robert: Colores Africanos. Y que venga Galeano y haga un discurso chistoso sobre tu talento. Si te conformases con menos hubieses hecho una selección de tus mejores trabajos y los hubieses mostrado en una salita pequeña, de esas de La Caixa o algo así. Pero no, tienen que ser toooooodas tus fotos y en una enooooorme sala privada. ¿Cómo reaccionarías si fueses un galerista y en dos días entrasen diez personas? Tú no eres Salgado.

—... No sé qué decirte, probablemente tengas razón pero no quiero vincularme con ninguna caja de ahorros, ellos tienen buena culpa de que mis fotos sean tan dramáticas.

—No puedes encerrarte en este cajón y tirar la llave. Chupa algo de entrada. Cuando estés dentro, cuando se te conozca, podrás hacer las cosas como quieras, no ahora...



—Quiero hacerlo todo ahora. A mi manera. Nada de comer pollas, lo siento. Prefiero quedarme como estoy: amargado, humillado sin dinero pero con un poco de decencia. Además, las fotos son cojonudas.

—Sí, eso es verdad, son cojonudas.

—Pues eso ¿cómo lo decís aquí? ...que para puta y no ganar ná...

—Mejor pobre y honrá— Concluyó Aitor

—Por cierto ¿Tenéis trabajo en el Bar? Es urgente, tengo que pagar bastante todavía.

Sobre el periódico, Aitor le dibujaba un pecho peludo al presidente del gobierno. Después le pintó una picha pequeña y torcida.

—Tú sí que eres un artista antiglobalización, Aitor— Se guaseó Augustus.

Aitor ignoró el comentario. Tenía otra inquietud:

—¿Y si un día ganas dinero con esto de las fotos?

—Me lo gastaré en carretes, y en una nueva minolta.

—No, no... me refiero a mucho dinero.

—Me compraré millones de carretes y seis o siete minoltas, y un cuarto de revelado nuevo ¡No! todo el material nuevo.

Aitor comprendió. Se sintió orgulloso de su amigo. Procuró calmarse y no seguir con el discurso. Los entrañables descabros de Augustus eran momentos de insólita virtud. El torpe honesto que se golpea cada día con la misma esquina, de pura inocencia.

Para aliviar la tensión, Aitor se puso a cantar:

—Y es que este mundo es un derroche...

Augustus continuó el tango:

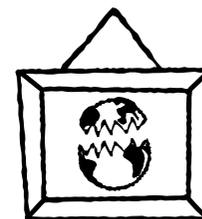
—...de maldad insolente— Después recordó algo:

—Y también necesito ahorrar para un nuevo viaje, quiero ir a Mongolia y a la estepa rusa-

—¿Mongolia exterior?— Inquirió Aitor, bromeando.

—Creo que la interior está mejor, no me apetece nada de playa.

Ambos rieron. Acordaron continuar la planificación a la mañana siguiente, frente a otro café negro quizá carbonizado y unas tostadas con longaniza, con mucho aceite y un par de tomates de pera, bien maduros, restregados con mucha fe. ☺



## GOLF CON PASCAL

Todos retratados, en la foto:  
—¿Sabes qué pone en el pie?—  
Sonrió tapando el texto.

—A la derecha: Bush, genocida en potencia. Dentro de unos días genocida realizado.

—Junto al presidente norteamericano. Ansar, genocida junior. Becario del imperio.

Pierre agarró el relevo:

—Junto a ellos. Jeb. John Ellis Bush. Dictador demócrata del estado más poderoso de latinoamérica.

Los dos se reían. Contemplaban un periódico con una foto geopolíticamente antigua. De hace dos días. La prensa recordaba una reunión previa a la masacre.

Se sentían ocurrentes.

Se divertían.

Hasta que bajaron del taxi y llegaron a la sala de prensa.

Y cambiaron el tono:

—Creemos que nuestro estado no debe participar en una campaña bélica en las circunstancias actuales. No existen todavía pruebas fehacientes que motiven una intervención de esta índole en un país soberano. El gobierno de Irak ha mostrado su disposición a deponer las armas de destrucción masiva y la presencia de los inspectores así lo confirma.

Entonces llegaron las preguntas. La primera planteó la posibilidad de un ataque norteamericano sin el respaldo del estado francés.

Jean Paul tomó la palabra.

—No seguiremos una iniciativa bélica sin el apoyo de la ONU. En este sentido, nuestro presidente ha sido claro y preciso en sus anteriores alocuciones.

Los periodistas revisaban las grabadoras, luces rojas encendidas, REC, indicadores de batería... Algunos, partidarios de métodos paleolíticos, escribían en sus libretas. Un cínico, en la última fila, dibujaba una caricatura de los ministros. Los canales de televisión esperaban un posicionamiento radical. Los realizadores esperaban la grabación ansiosos, la colocarían en la cabecera, después del anuncio de grandes nevadas en la Bretaña.

Hubo nuevas cuestiones.

Más clichés.

—Nuestra nación siempre ha defendido la resolución pacífica de conflictos.

Uno.

—Francia no puede resignarse a jugar un papel secundario en la política mundial

Otro.

—Nuestra alianza con el canciller alemán asegura una posición estable de la UE.

Y otro.

De pronto, el cínico se levantó gritando una nueva pregunta.

—¿Qué pasa si EEUU nos boicotea económicamente?

—No hay más preguntas—  
Sentenció Jean Paul.

Los periodistas pulsaron stop. Salieron ordenadamente.

En el taxi, de regreso, Pierre confesó a Jean Paul.

—¿No te parece un poco grave que los del Monde saquen una relación de los acuerdos de la Elf?

—Lo he manejado. Todo el mundo cree que es una posición patriótica, son los yanquis los que están por el petróleo.

—Pero si empiezan a argumentar por ahí, se creará desconfianza, recuerda que solo hace falta una chispa. Mira el cabrón al que he cortado. Joder con el dibujante. Al meollo, vaya pregunta. Esto está hecho un desastre. Será mejor que todo se acabe rápido o saldremos todos escaldados. Desgasta mucho.

—¿Vas a jugar? Este fin de semana.

—¿Qué?

—El golf, el sábado.

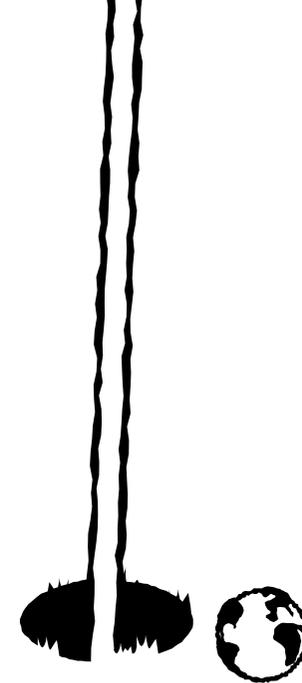
—No, no...

...

—¿Qué te pasa?

—Pensaba...

—¿En qué?



—Joder, Pierre, cuadran todos los países, los que firmaron el papel del capullo español, no tienen acuerdos, los que estamos en contra del ataque, todos con acuerdos. Repsol, no tienen nada. Royal Dutch-Shell, no tiene nada. Exxon, nada. Los demás: Total Elf Fina, siete acuerdos. China Petroleum, tres... , Lukoil igual. Suma y sigue.-

—Es un mapa evidente... pero aunque trascienda, no pasa nada.

—No pasa nada...

—Nunca pasa nada...

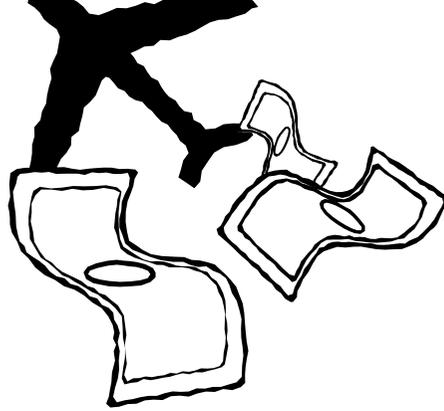
—Está todo planeado para que así sea.

—Claro...

—El golf es con Pascal, el sábado.

—Iré, iré... 🌐

## THE SAUDÍ JETS



Cuando Rashid llegó a Madrid, lo primero que hizo fue comprar una revista pornográfica. Avergonzado, la camufló dentro de un periódico inglés. Rashid no hablaba castellano.

Después caminó hasta el metro en Ópera, donde le esperaba el chófer, frente a la boca. Atravesó una calle llena de burdeles que él confundió con cafés oscuros. En su país, el gobierno hubiese exigido un poco de luz, Alá gusta de lugares iluminados, abiertos. “La tenebrosidad rodea siempre al delincuente”, le anunció alguna vez su madre.

Al fin, llegó al hotel.

El jefe de seguridad le aconsejó que no volviese a salir solo: —Hay mucho terrorismo— se esforzó.

Rashid subió a su habitación, en el piso 12.

Se quitó la túnica y el pañuelo. Miró su figura en el espejo que cubría la puerta del baño. Terminó por desnudarse.

Quedaba un rato hasta la siguiente oración.

Llenó la bañera, se sentó en ella y abrió la revista, donde leyó sorprendido:

“Sandra loves taking two cocks from behind. ‘I also like to ride horses and share confidences with my friends’, she says.”

Rashid concluyó, la paja y el baño.

Luego rezó en el suelo, orientado al sudeste, liberando su conciencia.

Volvió a vestirse. La reunión con el ministro era a las nueve. No aprobaba su misión pero la iba a llevar a cabo. Ponerse de acuerdo para atacar a un país vecino. Qué locura.

Sabía que los cupos de la asociación de productores no se podrían cumplir tras el ataque. Sabía que bajarían los precios y que su estado perdería el 20% de los ingresos. Sabía todo lo que se podía saber sobre podredumbre y dinero. Pero la familia real se lo había “aclarado”: USA gasta la mitad de nuestro petróleo. Eso ya está decidido, tú solo vas a dar forma al acuerdo que ya tenemos.

¿Y después qué?

Después ya veremos, le dijeron.

Ya veremos.

Ah, Rashid, deberías reclutar alguna empresa para que nos asesore. Haz un sondeo.

Ese era ahora su principal cometido.

Su chófer se inclinó, le abrió la puerta. Rashid ignoró la reverencia y, en el aislamiento de la cabina trasera, preparó un saludo en inglés, para dedicárselo a España antes de la cena. Cuando llegaron a la sala de actos, Rashid se dejó rodear por sus guardaespaldas. La llegada a los actos oficiales es el momento más delicado, todos estaban advertidos.

Pero no pasó nada, como siempre.

Dentro, a estrechar manos.

Ocho comensales.

La conversación giró entorno a la presencia musulmana en España. La alhambra, la mezquita y la influencia mozárabe en la cultura. Al-andalus. El magreb. El ministro de fomento estaba empollado. No dejó de hablar.

A Rashid le sorprendieron tantas palabras. ¿Cómo pueden los europeos encontrar veinte maneras de decir una sola cosa?

Concertaron una cita para el día siguiente. Con el ministro, llegarían representantes de petroleras, reunidos bajo la fachada de una agrupación de integración árabe en España.

Por la mañana, cerraron un acuerdo para integrar tecnología de control de producción en tiempo real para tres refinerías del norte del país. Sobre el acuerdo de asesoramiento, no terminaron de decidirse. Ya volvería Rashid en otra ocasión, tras la guerra.

No hubo rueda de prensa. No es costumbre informar sobre los negocios del estado. En todo caso, EFE y Reuters escribirían una breve reseña. “Repsol cierra con la dinastía saudí un acuerdo para suministrar tecnología...”.

Rashid entendió el regreso a Arabia. Cuando pasó el control policial, la guardia civil desactivó los escáners y los detectores de metales. Lo reverenciaron con formalidad.

—Ya ves, el moro, debe de estar forrao. Y yo aquí pringando— Exclamó el sargento cuando la comitiva ya se alejaba.

En pista, sus guardaespaldas lo rodearon de nuevo y le ayudaron con el primer escalón. De los siete disponibles, le tocaba el jet más viejo. Eso implicaba que alguno de la familia real estaba de vacaciones con sus amigas. ☺

## TARGET ALCANZADO

—¿Qué electores van a constituir el grupo influenciable más grande de cara a las próximas elecciones?

Un miembro aventajado del equipo subrayó la necesidad de complementar los antiguos “clientes” con un toque de innovación:

—Yo creo que lo ideal será conjugar algo moderno, una imagen nueva y un poco arriesgada, para captar al electorado hartado de la barcelona-escaparatada de Clos, junto con un alegato al *negoci*, al *seny catalá* y a la burguesía de toda la vida. Y además...

El creativo con más experiencia interrumpió:

—Estoy de acuerdo aunque debemos ser pragmáticos, nos quedan quince días... ¿Cómo podemos conseguir eso? Es CIU, coño. Olvidémonos de la política, lograr una imagen arrojada y a la vez clásica es prácticamente imposible. Vamos a centrarnos en el carisma, la experiencia. La foto de Trias vende: se le ve seguro, experimentado, con una expresión de ternura y felicidad. ¿No véis el secreto del éxito en sus ojos? Creo que es eso lo que debemos mostrarle a la gente.

El creativo descansó un minuto. Dejó que su equipo revisase todas las opciones. Finalmente, regresaron a la suya. Entonces le preguntaron, buscando una orden que pusiera fin a esa reunión tan larga:

—¿Qué te parece Marc?

Y Marc sentenció cumpliendo las expectativas:

—La población de Barcelona está envejecida. La pirámide de población es un auténtico embudo, un triángulo invertido... Hay que conseguir votos de gente mayor. Además, los viejos están todos desocupados y van a votar, no se largan con la familia de fin de semana ni se van de *costellada*. Cuando llega el domingo de elecciones, ellos van allí, con su réuma y su ímpetu democrático, y votan...

...

Se miraron con desconfianza. Hugo basculó sentado, indeciso. Quiso probar:

—Desarrolla esa idea Marc, por favor.

—Bien: nos centraremos en la tradición. Una imagen de *català de tota la vida*. “Estamos contra el diseño y contra la modernidad”. Pensa en eso. Las encuestas, si os las habéis leído, dejan claro que lo que desea el CIU-dadano— Marc subrayó el corte silábico—es estabilidad, tranquilidad y buenas costumbres... por muy facha que suene...

Todos rieron.

Al cabo de un instante, adornó con un matiz democrático su decisión:

—Lo hacemos así ¿qué os parece?

Unos días después, volvieron a reunirse todos. Uno de los creativos cargaba una carpeta gigante, las primeras impresiones de los folletos y los posters. La cara de Trias había sido objeto de un retoque poco común, los pliegues y surcos que su edad imponía se encontraban resaltados. La foto que cubría toda la superficie de la propaganda mostraba un zoom muy nítido de la epidermis del candidato. Arrugas monumentales recorrían el panfleto de cabo a rabo. Como un paisaje lunar.

Finalmente, alguien se atrevió a hablar:

—¿Qué os parece, chicos?

—Es arriesgado, pero creo que hemos hecho un buen trabajo. Por lo cercano de la foto da una imagen muy... no sé... muy humana. Marc asintió satisfecho. SU IDEA.

Inconscientemente, comenzó a inquietarse. No sabía qué podía pasar. Por qué no terminaba de entusiasmarse con la campaña. Se quedó inmóvil, rascándose la barba e indagando.

—¿Qué mierdas puede estar mal?— Susurró.

Sí. Ya estaba. ¿cómo podía ser?! ¡Qué descuido!

—Joder, ponedle un poco moreno, parece un muerto. Albert, dile a tus gráficos que ya les vale: Trias parece un ultracuerpo. ¿Quién coño va a votar a un candidato con hepatitis en fase terminal? Albert, díles que lo pongan como si hubiese vuelto de esquiar. Necesitamos que parezca un tipo saludable.

Pero lo que verdaderamente estaba mal no era eso, aunque Marc no supo encontrarlo. ☹



## EN EL FONDO NO SON TAN MALOS

Anne preparaba la conferencia de la tarde.

Había que justificar de alguna forma el gran cambio en Bolivia. *Mierda, es que esa gente no puede quedarse tranquila en el campo. Quieren todos los cambios de golpe. Quieren pensiones, sindicatos, hospitales... ¿Y qué ofrecen a cambio? Mientras, las empresas, que son las únicas que pagan impuestos, ganan cada vez menos dinero. Deberían darse cuenta* —y cayó en que ya se lo había anunciado Paul en el seminario de la Toronto University— *de que “sólo se puede aspirar a los cambios posibles”.*

Escribió esa frase en su cuaderno. La subrayó dos veces.

Anne especulaba sobre una vía lógica que cubriese los fallos de su hombre, esto es, del presidente de la república. La misión que comandaba se encontraba ahora en La Paz, aconsejando a este hombre de estado, empresario emprendedor, que pasaba por sus más impopulares momentos.

Y a Anne cada vez le costaba más trabajo respirar, sufría unos molestos vahídos intermitentes.

*¿Quién cojones fue el lunático que plantó una estaca con su nombre en medio de este altiplano seco, a 4000 metros de altura? ¿cómo demonios se le ocurrió que podría vivir allí con su familia? ¿qué coño...?... Volvamos a la estrategia. Sí, Anne, centrémonos.*

Intentó avanzar un poco, aparcar sus pensamientos mundanos. Se aconsejó sobre el método recordando prácticas de escritura rápida:

*Para redactar una arenga convincente... tienes que poner sobre el papel todos los ejes de tu discurso y formar un esqueleto. La piel, retórica, los argumentos, músculos ... Está bien, vamos allá: Corrupción. Subrayado. Gobernabilidad. Subrayado. Inflación... Nonono... Mejor hablar de déficit fiscal, que no es lo mismo pero es parecido.*

De pie, sosteniendo en alto su cuaderno, recorrió el vestíbulo de la suite peinando la moqueta en varias direcciones. Pasear la ayudaba a concentrarse.

Los tres grupos de trabajo que formaron en Washington

habían llegado a la misma conclusión: desatascar el debate, dejar de trabajar dando vueltas en círculo. Las empresas necesitaban ganar dinero y el estado necesitaba buena parte de ese dinero así que era mejor no obcecarse en esa idea y despejar la incógnita ¿cómo pueden ganar ambos? En conclusión, lo que hacía falta (algo que aparecía, además, como la única opción viable) era que el pueblo colocase el parche.

Sí, un poco injusto, pero Anne resolvió no apartarse de la línea de sus compañeros. *La economía no se mueve dentro de la moral. Anne. Al fin y al cabo, los del fondo no viajan con reservas federales para contentar al pueblo llano. Es algo más complicado. Ojalá tuviese más tiempo para explicárselo a ese Dieterich de La Jornada.*

La tenía crucificada con esos artículos cáusticos; de cuatro palabras, tres eran “pueblo”. No renunciaba a leer prensa roja, conocer al enemigo perfecciona el ataque. Eso fue algo que empleó en el sector privado y que desarmó a todos sus competidores. Anne Clowes, experta en contraataques marxistas.

—Rum servis, Señora Clowes— Surgió una voz tras la puerta.

—No, thanks.

Anne miró hacia la calle.

*¿Es que no crecen árboles en esta maldita ciudad?*

Deprisa, se sentó y comenzó a redactar en su portátil. Desplegó una patita de plástico de la funda del cuaderno y lo sostuvo verticalmente, a modo de atril. Empezó a redactar atonlradamente, reescribiendo los conceptos clave que había apuntado en su libreta (corrupción, gobernabilidad, déficit fiscal), cada uno en un capítulo diferente. Terminó en dos horas, revisó el índice; tenía un documento de siete páginas. Como ponencia, serían unos quince minutos sin interrupciones. Se sintió satisfecha. Pasó la prueba de la lectura en voz alta.

Se acordó de repente de Roger y Tarik, que ocupaban habitaciones en esa misma planta. A ella no le gustaba la actuación de sus compañeros en los viajes de la misión. Desembarcaban en cualquier país y releían un texto cualquiera, así estuviese redactado hace tres años y hablase de la crisis de los tigres asiáticos. La maldita opción “buscar y reemplazar” de word... seguro que el capullo de Tarik, había hecho un buscar Indonesia, reemplazar por Bolivia.

Levantó el auricular y marcó su número de habitación.

Comería con Tarik y con Roger. Ese par eran cortos pero divertidos, y llevaba desde el día anterior encerrada en la habitación. Necesitaba despejarse antes de la reunión.

En el restaurante había un gran cocinero peruano, ya la habían avisado. Se murió de gusto con los anticuchos y el ceviche.

Tarik argumentó su huida durante la comilona. Aquella sería su última misión. Primero quiso comunicarles la decisión de abandonar el Fondo con argumentos sencillos:

—Hace tiempo que vengo pensando en esto, todo se ha vuelto muy poco atractivo para mí.

Ante la desconfianza de sus compañeros, se armó con otros motivos, más sólidos:

—Estoy un poco harto de hacer de emisario de la Reserva, en mi país no están muy contentos conmigo.

Ni Roger Vargas, natural de Florida y norteamericano converso, ni Anne Clowes, natural de Carolina del Norte y sajona desconfiada, creyeron a Tarik.

Anne le avergonzó con una sola pregunta:

—¿Cuánto te pagarán en Accenture?

El tiempo no les alcanzó para tomar café de puchero. El coche oficial esperaba para conducirles al palacio de gobierno.

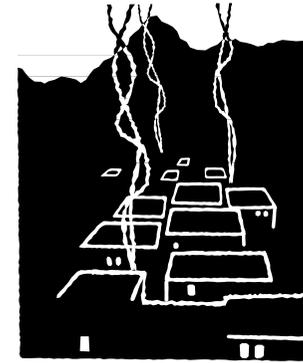
Llegaron rápido con la ayuda de tres coches de escolta.

Adentro, aguardaba el gabinete y representantes patronales: estaño, cobre, plata, bananos y gas, según figuraba en el informe. A Anne todo el mundo le pareció sospechoso, demasiadas sonrisas, demasiado blancas, nudos de corbata demasiado grandes, gemelos de oro, de demasiado oro, demasiados bigotes, demasiado perfilados, demasiado de todo en general. La suntuosidad del lugar era deprimente y aumentaba su suspicacia.

Su discurso pasó la criba: el intérprete se perdió en un par de ocasiones pero quedó arreglado, una cosa decente.

Tarik se reunió después con el presidente. Llevaba ultimátums en forma de promesas de ayuda, formulados con simpáticos guiños y circunloquios. Ayuda para infraestructuras, pero escuche la propuesta del estaño. Ayuda para calmar el déficit, pero escuche a los del banano.

Los negocios ya se habían cerrado antes. Tarik solo terminaba el número y hacía la voltereta. Hop-la. Gracias, gracias.



Anne esperó intercambiando trivialidades con una ministra. Se mostró interesada por la organización de las escuelas indígenas.

—Debería ponerse en contacto con la gente del BID. Ellos tienen proyectos para promover la cultura democrática en sociedades formadas por campesinado indígena. Es un nuevo programa. Son buenos créditos, de devolución lenta. Ya sabe que nosotros no tocamos políticas sociales.

—Ya...— Desconfió la ministra.

Un par de horas más tarde, el presidente anunció las medidas. Apareció en TV, circunspecto: a partir de ahora, impuesto sobre la renta. El FMI lo exigía. Y ellos debían mucho. MUCHO.

Tarik, Anne y Roger regresaron al hotel. Redactarían juntos cuatro líneas, para elaborar después cada uno una parte del informe. Se agruparon en la habitación de Anne. Escucharon sirenas y disparos. A la vez, giraron sus cuellos hacia el ventanal de vidrio tintado.

Abajo, la calle comenzó a encenderse. A lo lejos se distinguían columnas de humo que salían de entre los edificios. Era ya de noche y las fumarolas se veían distantes, blancas e iluminadas. A quinientos metros un nudito de gente parecía estar atascando el tránsito, atravesando la calle, todos juntos hacia la plaza Murillo.

—¿Es eso lo que parece?— Preguntó Roger sin esperar respuesta.

Se organizaron rápidamente. Llamaron a Washington, al embajador norteamericano, a la policía nacional y a la recepción del hotel.

Washington les anunció una revuelta. El presidente del Fondo empleó su rotundo acento alemán masticando una advertencia: “¡mejor será que saquéis rápido vuestro culo gringo de allí!”.

El embajador norteamericano les prometió las gestiones para protegerles y sacar rápido su culo gringo de allí.

La policía nacional no respondió, estaban demasiado ocupados disparándole a la guardia nacional.

La mujer de recepción se rió y le dijo a Anne con un inglés suave y amable:

—Don worry mis Cloves, riots happen ol de taim. Yu ar seif.

Por si acaso, el embajador norteamericano les consiguió un grupo de mercenarios que se apostaron en la calle con armas automáticas, frente a cada salida del Hilton.

Nada de saqueos donde está la misión del Fondo, chicos.

Anne Clowes se mordía las uñas, era la primera vez que se sentía fuera de sí. No comprendía un país sin estado. Roger Vargas insultaba a sus compatriotas latinoamericanos por avanzar contra el progreso. Tarik Zennha se mesaba el pelo hacia atrás, sentado en el borde de la cama. Rezaba en árabe.

Sufrieron doce horas más y regresaron a casa. Primero un helicóptero hasta el aeropuerto y luego dos aviones, con escala en Miami.

Anne durmió 12 horas seguidas y se despertó con un golpe en la puerta. Era la Jornada y el Post, en bolsitas de plástico. El Post editaba una corta entrevista con ella en la página 12: “hace falta más protección en las misiones del Fondo”; “creemos positivo iniciar un debate institucional, de reorganización —en latinoamérica sobretodo”. Desde las páginas de la Jornada, Dieterich volvió a arremeter contra el FMI por su actuación en Bolivia. Les llamó asesinos. Escribió “pueblo” unas doce veces.

—Este Dieterich es un cabrón— Susurró Anne, contemplando su jardín nevado, a solo cien metros sobre el nivel del mar y a tres kilómetros de la zona más segura del mundo.

*¡No vuelvo a La Paz ni que me regalen un cerro empachado de plata!*

Se desplomó en el sofá. En la tele, la CNN informaba desde Ramala. Anne sonrió: por la noche iría a ver a los Wizzards. ☺

## EL CIUDADANO



—Dos paradas Rober, que los de prosegur están siempre en Paseo de Gracia.

Dicho esto se subieron en Drassanes. Dos peruanos.

El metro comenzó la subida perpendicular hacia la Diagonal, en línea recta y bajo las Ramblas.

Primero hicieron el discurso, breve y honesto:

—Pues deseamos que ustedes apresien estas dos cansionsitas que nos trajimos de allá— Y después tocaron. Primero “Moliendo café”, que no era de “allá” sino de Venezuela, luego “El Cóndor Pasa”.

Parada 1:

—Rápido Rober.

Parada 2:

—Pasa el gorrito, Rober.

En dos asientos enfrentados, se sentaban cuatro personas. Cuando pasó Rober, fugazmente, dos miraron hacia el cristal, oscuro y sin perspectiva, y otros dos permanecieron inmóviles. Frente a ellos, un muchacho sacó una moneda y la dejó caer en la capucha de lana.

—A mí me molestan— Le censuró su compañero de asiento, tan buen punto Rober y su amigo habían bajado del tren. —Quiero leer y me molestan— Subrayó.

—Bueno— Contestó el muchacho, encogiendo el cuello. No dijo nada más.

El ciudadano molesto intentó volver a su lectura pero no pudo seguir leyendo. Se preguntó cómo demonios era posible que nadie se diese cuenta de ello: si les daban dinero no dejarían de subirse al tren; no llegó a plantearse la posibilidad de que el muchacho de su lado hubiera pagado el doble por no tenerle a él montado en ese vagón, sintiéndose ciudadano supremo cosmopolita privilegiado. Actuando como un imbécil. ☹

## LOS PORTEÑOS Y EL DANUBIO

Fernando e Imre estaban sentados frente al Danubio, querían discutir con dos consultores de una empresa española que les acompañaban a la mesa. Necesitaban resolver cómo proceder, qué parte resaltar y, sobretodo, cuánto les correspondería por gestionarlo todo. Cuanta telita. Pero antes, una presentación. ¿Quiénes somos?

Imre comenzó a relatar su historia, gesticulando, insistiendo en su currículum –extenso, debido a su avanzada edad. Por cada tanto de teatro se podría exigir un poquito más del monto final, así que no se frenaba en su empeño en montar un argumento a lo Salgari. La universidad, la educación bonaerense:

—Sí, somos porteños los dos, papá se fue para el Río de la Plata de bien joven, lo tuvo difícil, húngaro, como son las cosas allá...

Prosiguió el relato, con todo lujo de detalles, cada experiencia engordaría la factura. Fernando habló acerca de la época soviética, a la que se refirió con vergüenza, pasando rápido por encima de esa turbia etapa negra de poco negocio y poca ilusión.

Imre se reenganchó al discurso de su hermano cuando ya había llegado al periodo en que los dos hermanos habían escapado de la república de Hungría para instalarse en Washington. Desde allí hicieron política a la contra cuando la burocracia soviética ensombrecía el imperio de la libertad. Hungría necesitaba libertad de mercado, era urgente. Ellos insistieron desde Washington. La gente quiere comprar, que viva la libertad.

Exiliados del mundo uníos y así, nacionalizados norteamericanos, llegaron rápidamente al funcionariado de la ONU, muy preocupados por los problemas de la representatividad de los pueblos. Pero el síndrome de la justicia global se les curó apenas cayó el imperio ruso y sus satélites perdieron la órbita. Tanta votación, tantas razas, tan participativo todo... al final la ONU se vuelve rutinaria y uno pierde la perspectiva. Votar es aburrido, cansino.

Así que regresaron a Budapest, en donde los mandatarios, curiosamente, resultaron ser antiguos amigos suyos. Surgieron negocios interesantes, posibilidades, opciones, quehaceres, cometidos, empresas, trabajos y un poco de progreso, que ya iba siendo hora.

Ya mayores, los hermanos porteños se vendían para licitaciones internacionales. ¡Ah! Las rentas de la Unión Europea. El desarrollo estructural, las ayudas a la integración... La política de siempre, negocio seguro. Así había funcionado en la Argentina, después en Hungría, después en los Estados Unidos de Texas y al fin de nuevo en Hungría.

Ya llegaba el segundo capítulo de la plática económica. Los catalanes sacaron un folleto. “Water-resources: understanding nature and its possibilities.”

—¿Habréis oído hablar de esto, no?— Bromearon.

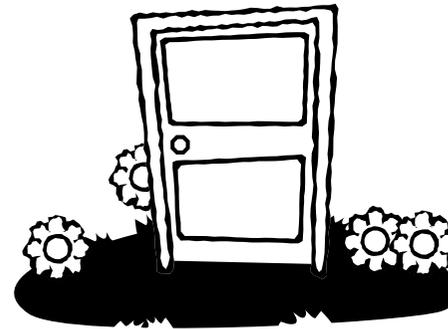
De pronto, todos miraron al río.

El Danubio había resistido demasiadas novelas para sobresalir en un microrelato geopolítico, así que aguantó sobriamente las infames guirnaldas que adornaban el puente más próximo y no se pronunció. El Danubio no tenía ninguna percepción concreta sobre los hermanos porteños que lo vendían en licitaciones internacionales. Llevaba agua ya fuese este agua socialista o neoliberal. De momento llevaba agua de todos y para todos pero los hermanos porteños habían proyectado una asombrosa forma de revertir esa situación. El agua del Danubio era un recurso. Ah, qué sabrosa idea... la Unión Europea ya estaba pensando en resolver quién lo gestionaría. Para Imre y Fernando, que el Danubio circulase así, sin más, volcándose en el mar, era una enorme pérdida de dinero. Fernando se acercó a la mesa, nervioso, y proclamó en voz baja y rápido con cierta vergüenza:

—La cosa es que se convierta en un tema en el que ganemos todos, no hablemos de privatización... hay mucha gente ilusionada con todo esto.

Los consultores catalanes se mostraron de acuerdo con el enfoque:

—Sí, esa es una buena forma de afrontar este proyecto. Mañana nos reunimos. De momento, vamos a cenar. ☺



## DECISIONES IRREMEDIABLES

### *Francisco*

En el bando A, Francisco vive en una urbanización del este. Con chófer, un tipo bien amable, siempre puntual y dispuesto. A diario, sale de su casa a media mañana porque gusta del desayuno continental, así sea de un continente que no es el suyo. Los fines de semana prepara una compilación de doctrina personal y jurisprudencia, también propia, claro. Los sábados por la mañana se concede una tregua e intenta acercarse a la casa gallega, de la que su padre fue presidente, por su condición de inmigrante ilustre. Francisco siente que tiene con este centro alguna forma de pacto de estirpe.

Si bien sólo ha estado en España en tres oportunidades, le parece que ya ha ido demasiado a esa tierra seca, marrón insoportable. La comida es deliciosa pero la gente grita, fuma, es insolente y apenas duerme. Una panda de maniáticos nerviosos y aburridos. En consecuencia, el centro gallego cada vez le gusta menos: hay demasiados banqueros peninsulares dando lecciones de negocios. Clases solemnes y gratuitas de expolio, que imparten sorbiendo marisco, afirmando que “el marisco de aquí nunca es tan sabroso como el de las rías”. Las rías sucias. Las rías lluviosas.

No es un buen momento para Francisco, la edad lo está volviendo flojo y la familia no cuenta mucho estos días. Además Francisco nunca ha sido casero. Su segunda mujer, Daisy, se pasa el día en Florida, comprando perfumes y ropa interior. Le tiene hastiado. Él casi no conserva apetencia alguna y cuando el gusano despierta, ocasionalmente, la puta nunca está. Y le toca llamar a una muchacha de pago. Entonces él se pregunta: ¿Para qué coño me casé con una puta si cuando necesito sus servicios tengo que pagar otra? Daisy nunca está cuando tiene que estar pero siempre consigue estar justamente cuando el pobre viejo carga algo de plata. No falla, debe de tener un sensor en alguna parte, mejor no indagar donde.

Claro que recursos no le faltan al viejo Francisco: él tiene una serie de negocios, no va a ser el único estúpido en el tribunal. A su conocimiento llegan algunos casos selectos, él sólo tiene que ignorarlos y meterlos en un archivo, con mucha discreción. El archivo permanecerá cerrado cincuenta años. O hasta que lo saquen de allí. O hasta que él se muera, en cuyo caso se lo llevará con él todo bajo tierra. El negocio de

ignorar le reporta todo el extra que necesita para el club, el personal de servicio, las maestrías de sus niñas y las vacaciones en Europa. Este año tocan las ciudades imperiales, Viena, Praga y Budapest. Ya tiene los boletos.

### *Sala I*

—Es o esto o que sigan pasando cosas, Dios sabe con qué consecuencias.

—Mire Julio Ernesto, si usted saca esa sentencia, con esas conclusiones, nos vamos todos a la mierda, se lo aseguro... Nosotros no estamos para hacer política. Si no hay una ley explícita, yo no condeno a toda esa gente.

Así amenazó Francisco a su colega Julio Ernesto, sin comprender el fondo de la reflexión.

Llevaban más de doce horas reunidos, pensando. Julio Ernesto cargaba con la ponencia, por lo que preguntaba más y con más intensidad que sus compañeros. Se encontraban en un auténtico embrollo especulativo y él era el único que peleaba por resolverlo. Necesitaban un acuerdo. La mesa de la sala de deliberación estaba cubierta de vasos de café arrugados por los nervios y las horas. Como un encuentro de tribus, se encontraban sentados por jurisdicciones, de modo que los civilistas y los penalistas quedaban frente a los constitucionalistas, los laboristas y los electoralistas.

Julio Ernesto se puso a argumentar de forma convincente. Los mecanismos lógicos que le arrastraban a su conclusión estaban bien definidos: primera premisa, cinco empresarios locos secuestran el poder y lanzan una ofensiva contra todo lo que huele a constitucional... segunda premisa, con la ley en la mano, por medio de una interpretación estricta de la constitución y de las leyes del país, los tipos son culpables; tercera premisa, “si los suelto me la monta el pueblo ahí afuera, y con razón”.

Así que Julio Ernesto sentía la necesidad de ejemplificar. Su sentencia era contundente.

*Julio Ernesto*

Julio Ernesto, el bando B, se ha erigido como defensor de la posición contraria, cosa que a nadie extraña. Son tres meses en el máximo órgano y es el magistrado más joven. Su situación es opuesta a la de Francisco: no se ha quemado, no le ha dado tiempo.

Él siente una diferencia crítica frente a sus compañeros, siente una extraña y creciente nueva honestidad, quizá está recuperando a los cuarenta la ilusión por su trabajo. No sabe a ciencia cierta a qué imputarlo. Pasan demasiadas cosas demasiado rápido y él tiene mucho trabajo. Mucho trabajo.

Julio Ernesto no ha tenido siempre esta actitud, por eso ahora levanta sospechas. En los tribunales inferiores callaba porque todos le parecían pobres diablos: vendiéndose por un carrito, por una piscina, por un año de haciendita en la costa... delatarlos era demasiado cruel, les pagaban bien poco. Además él quería llegar hasta aquí, donde está sentado, frente a los grandes chamanes. Julio Ernesto recordaba siempre palabras de su viejo, un socialdemócrata de escuela: “los enemigos se le agarran a uno a los pantalones y no le dejan subir, para ser político a uno le hace falta ser amigo de todo el mundo, hasta de sus enemigos”.

Aún vive en un apartamento, grande y luminoso, pero apartamento al fin y al cabo, tercera planta en una comunidad. Una comunidad... eso le duele porque lleva ya dos años en su puesto sin hacer negocios, y no piensa empezar ahora. En su situación, tan vigilado, está prohibido hacer negocios. Así resulten luego imposibles de rastrear. Hay demasiados periodistas sedientos de sangre. Y la suya es sangre fácil.

Julio Ernesto no es tonto. Sabe que está ahí arriba por la política. Apenas llegó a catedrático, sucumbió a sus propias aspiraciones públicas. En eso le ayudó mucho el Movimiento, hay que reconocerlo. Su carrera fue breve, vertical, fulminante.

Hoy él admite lo efímero de su circunstancia. Algunos días, tarde por la noche cuando se ha relajado, lo confiesa a su asistente. Renuncia así a las apariencias: “llegué aquí gracias al poder que gobierna, así que saldré cuando este lo haga, lo quiera o no”.

*Sala II*

Diez con Francisco y ocho con él. Julio Ernesto se dio cuenta de su situación: estaba jodido. Si decidía lo correcto, meter presos a un puñado de tipos sarnosos militares interesados fascistas, se le vendría encima la opinión pública por oficialismo, y por esbirro del poder. ¿Y si hacía lo contrario? El descrédito frente a sus colegas, acusaciones de descarrío. Y adiós a su dignidad, lo más importante. Al fin probó un último intento visceral apartado de fundamentos jurídicos, lo mejor que pudo:

—Desde siempre nos viene pasando esto. No nos atrevemos a aplicar las leyes porque nos da miedo. Nos da miedo perder algunos intereses que tenemos por ahí. Cada uno conoce los suyos. Nos da miedo también por si se enfadan los militares. Y nos da miedo que se enfaden los militares por si se enfadan después los gringos. Nos da miedo por si vamos al country y ya nadie quiere sentarse con nosotros a jugar mus o bridge. Tampoco queremos perder el asiento ¿verdad? Yo digo que nos atrevamos. Que hoy les digamos que estas leyes son y están. Para ellos también, qué digo, ¡sobre todo para ellos!

El enérgico tono de voz y su raciocinio habían convencido a casi la mitad de sus compañeros. Eran ocho los que le apoyaban pero quedaba el viejo corrupto de mierda, con su camarilla de dóciles incondicionales. Don Francisco y su obtuso negocio de ignorar, prorrogar, olvidar, desdenar, postergar... Para proteger a los de siempre. A los mismos bastardos de siempre, o a su prole.

Don Francisco contraatacó:

—Sí, el discurso te quedó bello, Julio Ernesto, pero tú sabes que no puede ser. Y que esto no cambiará nada... O la redactas de acuerdo a la mayoría o te la volamos aquí mismo. En este bando somos once, chico, “no ha lugar”. Es un tema importante y no podemos hacer lo que nos dé la gana.

Dicho esto, Francisco hinchó el pecho y se subió el cinturón hasta que enterró el ombligo bajo los pantalones. El viejo gordo peleaba duro. Tanto que Julio Ernesto perdió la compostura, se levantó violentamente y anunció su renuncia: votemos.

Y votaron.

Julio Ernesto habló por el comunicador con su asistente y se lo anunció: perdimos. Le ordenó después que redactase una justificación válida para la prensa, que le echarían un vistazo a mediodía. Levantándose la reunión, Julio Ernesto advirtió, al margen de la deliberación y procurando que le escuchase todo el mundo:

—Esto ha sido una vergüenza y todos ustedes lo saben. Y usted, Don Francisco, váyase al demonio. Mejor que no haga nada mal a partir de este día- Y así, ante lo irremediable, capituló.

Los veinte se agruparon fuera de la sala y se abandonaron a las formalidades. Ni un bombardeo hubiese impedido la ceremonia de los apretones de manos. Algunos se encaminaron hacia sus despachos, otros prefirieron bajar hasta la planta baja y desayunar en el cafetín. Don Francisco se deslizó rápido, como escabulléndose, hacia la esquina del edificio. Julio Ernesto le fue detrás.

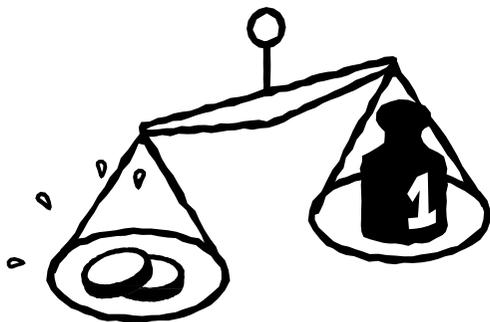
Frente al ascensor, empujó a Don Francisco en un lance que aparentó ser un simple tropezón. A su espalda se cerraron las puertas hasta que quedaron los dos solos adentro. Cada uno pulsó el botón de su planta. Ambos fijaron la mirada en un punto indeterminado del tabique metálico, esperando llegar a su destino rápido y alejarse todo lo posible el uno del otro.

Al fin, cuando ya salía, Julio Ernesto improvisó una venganza desmoralizando al veterano con un comentario terminal:

—Dígale a Daisy que no venga a mi casa hasta que no le haya convencido a usted de meter presos a estos mercenarios vendepatrias. Dígale que tiene hasta el mediodía, un par de horitas, y también que ya no le vale la excusa de los viajes a Florida, que ya usted lo sabe todo...

El viejo se agarró a la pared, blanco, incrédulo.

—Qué no me olvide, otra cosa: dígale también a Daisy que “es un tema importante y que no podemos hacer lo que nos dé la gana”. ☹



## MERCERÍA PAQUITA

Sí señor, yo tenía la casita en ese barrio. Y la Paquita y yo teníamos una mercería. Ya conoce a Paquita, ella es la presidenta de la asociación.

(...)

Sí, pero a ver: yo ya le aviso que no es un negocio que funcione igual que antes, tuvimos que hacer eso que le llaman una “especialización” en la tienda. Al final habíamos conseguido que nos trajesen muchos accesorios de encaje de bolillos, fíjese que algunos los pedíamos a un señor que era belga y que los traía de Amberes, y había afición entre las señoras ya sabe. Venían de toda Barcelona. Igual es por la televisión, que como ahora es una porquería inmoral pues hay muchas señoras viudas que tienen todo el tiempo porque no quieren mirarla.

(...)

Sí, jaja, ya sabe que ustedes los hombres duran un rato menos.

(...)

Sí, claro, éramos las últimas. Agotamos todo el plazo. En la última época, antes de que lo echasen todo abajo, había dos edificios en ruinas y nuestro negocio en medio.

(...)

Sí señor, quedaba un poco retirado del mercado y de donde está todo el movimiento pero no hubiésemos podido trasladarlo. Una vez vino un profesional tasador de una empresa de fincas de esas que tienen muchas tiendas ¡sí hombre! que son todas del mismo color, y se lo estuvo mirando y nos dijo que estaba descalificada la finca, que la había descalifcao el ayuntamiento por un plan de ventidoslarroba, eso nos dijo el joven. Nos aseguró que era imposible traspasarlo. Y le hubiese visto usted, se notaba que sabía bastante de fincas porque nos estuvo comentado de algunas posibilidades más bien con un abogado que él conocía para que le reclamásemos al urbanísimo del ayuntamiento.

(...)

No, señor, vinieron unos jóvenes después a hacer un documental para ponerlo en el interné. Nos dijeron que eran de la acción solidaria de la espelucación pero si quiere que le diga a nosotros no nos preocupó mucho. Iban así vestidos como unos panquis y con ropa militar y la Paquita estaba más bien preocupada de que no le robasen nada.

Luego unos días después vinieron con un compact disc que nos dijeron que todo lo que habían grabado y las entrevistas estaban allí pero yo lo puse en el aparato de mi nieto y no se escuchaba nada. Mi nieto me dijo que eso era del formato del video que había que verlo en una computadora, pero yo de esas cosas no sé hijo...

(...)

Sí, nos quedan tres o cuatro meses de estar en estos pisos, son provisionales, los que nos van a dar están cerca de la playa, como así antes de llegar a Badalona pero yo no sé donde porque aquí ya estamos antes de llegar a Badalona y lo que queda en medio es una incineradora, los edificios esos modernos tan caros, el río y la fábrica de años del mono.

(...)

No, no se equivoque, nosotros tenemos la asociación de *veïns* y nosotros estuvimos con las pancartas y todo eso pero no tiene nada que ver con la resistencia que usted dice porque cuando hubo las protestas vino mucha gente que no tenía nada que ver y se dedicaron a romper cristales de bancos y de hamburgueserías y yo en eso no estoy de acuerdo porque los chavales vienen para no tener que estar en la universidad porque allí se aburren. Hay mucha sinvergonzonería. Que protestasen los del barrio sí que era una buena cosa para ver si el ayuntamiento nos dejaba la mercería pero ya ve usted. Además cómo voy a estar de acuerdo con toda esa violencia si yo he vivido toda la posguerra y entonces nadie regalaba nada. Si ahora todos son solidarios pero la tienda ya vé usted: le pasó lo que le tenía que pasar.

(...)

Sí, fíjese bien. Nosotros teníamos la tienda y justo arriba la casa, como en el principal. Era un piso antiguo de dos habitaciones pero estaba muy bien. Suficiente. Era suficiente. La Paquita ya estaba viuda y yo y el Antoni cabíamos en la otra habitación.

(...)

Pues no lo sabemos bien porque cuando nos vayamos de este piso nos pagarán como quince millones y ya no podremos comprar nada en esta zona con ese dinero, tendremos que irnos para algún pueblo, para adentro, porque del resto de Barcelona olvídense... no sé pensábamos en irnos para Cardona, que me dijo el Antoni que se fue con otros tres afectados, que son matrimonios de confianza, de aquí del barrio, que nos conocemos del casino de hace casi treinta años ya, y se fue para Cardona y me dijo que habían visto unos pisitos que se podían comprar, pero yo tengo que verlo porque a mí no me meten allí con el frío que hace si además no me encuentro agusto en mi casa.



(...)

¡Pues como quiere que esté! Sin negocio, con una pensión de mierda y perdóneme el lenguaje pero es que me pone esto muy mala de verdad, y con quince millones para buscar piso, claro si tuviese su edad y una carrera pero tengo sesenta y seis años sabeustedé, pues me va a tocar irme para el frío, que ya veremos como le sienta a mi reuma. Tengo el cuerpo mal, ¿sabe? Tanto trajín con las bobinas y tanto discutir con la Paquita.

(...)

No, no hace falta. Ya este mes que viene si quiere me manda la entrevista pero en papel ¡eh! Que yo en un compact disc y en el formato del video no lo puedo ver que mi aparato sólo me coge cintas de esas de plástico grandes. ☹

**GRACIAS A DICK EMANUELSSON, HEINZ DIETERICH  
Y JAMES PETRAS POR SU TRABAJO.**

Escribir a: [carlos@dotstation.es](mailto:carlos@dotstation.es)

